

7. ¿Hemos tenido una devoción especial á la santísima Virgen, que siendo purísima, inmaculada y virgen por excelencia, desea tomar un cuidado particular de aquellos que se ponen bajo su protección? *Hanc enim pulcherrimam, pretiosissimam, et incorruptibilem possessionem patrocinio suo conservat.*

En fin, ¿hemos frecuentado el sacramento de la Penitencia, y sobre todo el de la santa Eucaristía, que los Santos miran como un soberano remedio contra la impureza, y que dicen ser ese trigo de los elegidos y ese vino que forma los vírgenes? *Frumentum electorum, et vinum germinans virgines.* (Zach. IX).

TERCER PUNTO.

Dios mío, en vano sería servirnos de los medios que los Santos nos dan para ser castos, si no tenemos vuestro amor, que hace todo el precio y todo el mérito de la castidad. *Sine charitate, nec pretium habet castitas nec meritum.* (S. Bern. Ep. XLII). Abrasad, pues, os ruego, nuestros corazones de este fuego divino; esta es la gracia que todos os demandamos con la santa Iglesia: *Ure igne sancti spiritus renes nostros et cor nostrum, Domine; ut tibi casto corpore serviamus, et mundo corde placeamus.* (Orat. Eccl.).

DE LA PACIENCIA.

PRIMER EXÁMEN.

De la paciencia en general.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor proponiéndose El mismo sobre el Calvario por modelo de paciencia: *Inspice et fac secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est.* (Exod. xxv, 40). El allí sufre los dolores más violentos que hubo jamás, y los sufre en una paz y con un gozo que arrebatan al cielo y á la tierra. *Patientia sua ita passus est, ut doceret patientiam nostram.* (S. Aug. serm. 9 de verb. Apost.). ¿Qué deberes y qué homenajes no debemos rendir á este amable Salvador en este estado?

SEGUNDO PUNTO.

Los que son dotados de una verdadera paciencia sufren en paz y sin turbación todas las aflicciones que se presentan.

Ellos saben muy bien moderar la tristeza y todas las otras pasiones que se elevan naturalmente á las primeras apariencias del mal de modo que sea cualquiera la emoción que sienten en el interior de sí mismas, jamás se turba el corazón.

Ellos reglan de tal modo su exterior, que nada se deja conocer ni en sus palabras, ni en sus gestos, ni en sus acciones, que manifieste desagrado, precipitacion ó acritud.

Ellos se conservan en este estado de paz en medio de sus más grandes males, y sea que estas desgracias les afecten exterior ó interiormente, ó que ellos sean atormentados en el cuerpo ó afligidos en el espíritu, guardan siempre la pacífica posesion de sí mismos.

Non contristabit justum quidquid ei acciderit. (Prov. XII, 21).

Ellos no se contentan con sufrir sin murmuracion y sin resentimiento, lo que constituye el primer grado de la paciencia, el cual saben que es obligatorio; sino que tambien procuran sufrir con amor y gozo, lo cual hace el colmo de esta virtud.

Ellos miran todos los males que les sobrevienen con una resolucion constante de morir, antes que hacer nada que pueda desagradar á Dios para evitarlos.

Si algunas veces llega á llorar y se permite gemir y suspirar, lo hace siempre con moderacion, sin excesos y con una grande tranquilidad de corazon.

Ellos no obstante no se lisonjean fácilmente de pensar que poseen la virtud de la paciencia, porque no ignoran que muchas veces se padece engaño en esto, y que la

mayor parte del mundo atribuye á paciencia lo que no es sino una pura insensibilidad ó efecto de alguna pasion, que sofoca el sentimiento del dolor.

Por último, ellos tienen por la paciencia todo el amor y toda la estima que demanda una virtud que el Apóstol reconoce ser el primer efecto de la caridad. *Charitas patiens est* (I Cor. XIII, 4); y que Santiago nos enseña ser la consumacion de todas las virtudes: *Patientia opus perfectum habet, ut sitis perfecti et integri, in nullo deficientes.* (Jac. I, 3).

Examinemos por estas indicaciones si tenemos nosotros una verdadera paciencia.

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡cuán amable debiera sernos la paciencia, si nosotros quisiéramos creer con los Santos que ella nos hace vuestros imitadores y semejantes á vuestro Hijo! *Quisquis patiens est, Dei Patris imitator est, et assimilatur Christo.* Abrid nuestros ojos sobre sus grandes ventajas, y no sufráis que teniendo la dicha de ser vuestros hijos, y de estar consagrados particularmente á vuestro servicio, descuidemos la práctica de una virtud que Vos como Maestro nos recomendais, y como Padre nos dais de ella el ejemplo. *Servos enim oportet esse obsequentes, non decet esse degeneres.* (S. Cypr. de bono patient.).

SEGUNDO EXÁMEN.

De la paciencia en particular.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la paciencia de nuestro Señor, de la cual Job ha sido una admirable figura. Este santo hombre sufrió con una sumisión perfecta y un entero abandono á la voluntad de Dios la pérdida de sus riquezas, de su honor y de sus placeres. *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit ita factum est. Sit nomen Domini benedictum.* (Job. 1). Y es en estas mismas disposiciones, pero infinitamente más perfectas, que nuestro Señor sufre en el jardín de los Olivos la más violenta de todas las agonías. *Pater, non mea voluntas, sed tua fiat.* (Luc. xxii, 42). ¡Qué bien merece esta paciencia nuestros homenajes!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos sido pacientes en todos los males sufridos.

Si hemos nacido pobres y Dios ha permitido vivamos en ese estado, expuestos á todo género de necesidades, ¿no ha sido esta posición materia de nuestros lamentos, y quizá de murmuraciones contra su Providencia?

Si por el contrario poseíamos bienes por

nuestro nacimiento ó por cualquiera otra vía, perdiéndolos despues por alguna de las muchas causas injustas ó adversas que se presentan en la vida, ¿hemos soportado esta pérdida con calma y aún con alegría, como lo hacian esos cristianos de quienes habla san Pablo, que se mostraban contentos de verse despojados de todos sus bienes, en la esperanza de poseer un dia otros infinitamente más grandes?

Rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem et manentem substantiam. (Hebr. x, v. 34).

Si por cualquiera otra disposición de Dios sobre nosotros no hemos podido disfrutar de todas nuestras comodidades, y aún algunas veces ha llegado á faltarnos lo necesario, ¿no ha sido esto en nosotros materia de inquietud, de mal humor, y aún puede ser de cólera y resentimiento contra aquellos que nosotros hemos creído eran los autores de nuestra situación?

¿No nos hemos dejado llevar de estos mismos sentimientos de impaciencia, cuando hemos padecido alguna afrenta, ó menosprecio, ó murmuraciones, ó calumnias, ú otra cualquiera tentativa contra nuestro honor?

¿No nos hemos afligido demasiado con motivo de la muerte de nuestros parientes, de nuestros amigos, de las personas de au-

toridad y de crédito en quienes encontrábamos nuestro apoyo y poníamos todas nuestras esperanzas, en lugar de ocuparnos en pedir por ellos, en someternos á la voluntad de Dios y adorar su conducta siempre llena de sabiduría y de bondad?

¿No nos hemos mostrado igualmente impacientes en los tiempos de disgustos, de temores, de sequedades, de tentaciones y de otras penas del espíritu ó del cuerpo en las que Dios ha querido ejercitarnos; en lugar de recurrir entonces á la oracion y á la práctica de buenas obras, de aplicarnos con sosiego á evitar los menores pecados, y de poner más que nunca nuestra confianza en Dios?

Finalmente, sea cualquiera la tribulacion que nos ha sobrevenido, ¿nos hemos mantenido en paz y en calma, á ejemplo del Profeta, que, en lo más fuerte de sus aficciones, no perdía á Dios de vista, y no se ocupaba sino de cumplir sus adorables voluntades? *Tribulatio et angustia incenerunt me, mandata tua meditatio mea est.* (Psalm. CXVIII).

TERCER PUNTO.

¡Qué feliz es aquel, oh Dios mio, que ha encontrado el secreto de ser mártir en la paz de la Iglesia! *Habet et pax Ecclesie martyres suos.* (S. Aug. *Serm.* 230 *de temp.*). Este es el privilegio de la pacien-

cia en las adversidades. Es de Vos, oh mi Jesús, que nosotros esperamos esta virtud; de Vos, que nos la habeis enseñado y merecido por vuestro ejemplo, y que quereis ser de ella Vos mismo la recompensa. *Utrumque est mihi, o Domine Jesu, et speculum patiendi, et meritum patienti; utrumque fortiter provocat, utrumque vehementer accendit.* (B. Laurent. *De lign. vit.* tract. 5).

TERCER EXÁMEN.

De los defectos que debemos evitar en las enfermedades.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor entregándose á disposicion de los que le sujetan y le clavan sobre la cruz. El extiende sus brazos, entrega sus manos y sus piés, y se coloca como á ellos les place: durante esta cruel ejecucion El no da muestras de la menor impaciencia, ni se permite una sola palabra de queja. *Quasi ovis coram tondente se obmutuit, et non aperuit os suum.* ¡Oh bella y admirable regla de conducta para el tiempo en que la enfermedad y los dolores nos obligan á poner en cama y guardarnos en el aposento!

SEGUNDO PUNTO.

Los defectos más ordinarios que se observan en los enfermos que no velan como es necesario sobre sí mismos, son:

1. De no pensar más que en su mal, de hablar de él sin cesar, de no sufrir sino con disgusto que los demás hablen de otra cosa.

2. De impacientarse cuando no se hace al instante lo que ellos desean, de agitarse y atormentarse sobremanera por no encontrar alivio á lo que sufren.

3. De mantenerse siempre de mal humor, de no estar contentos nunca del servicio que se les presta, de hacer siempre materia de disgusto lo que se les dice para consolarles y satisfacerles.

4. De ser extremadamente delicados y sensibles sobre lo que ellos apetecen, y adherirse de tal manera á sus antojos, que, por la menor dificultad que se les oponga, se turban, se acaloran y se encienden en cólera.

5. De no querer hablar palabra, y apetecer estar siempre en una sombría y negra melancolía.

6. De quejarse sin cesar, ora de la violencia de su mal, ya de la amargor de las medicinas, ya de la mala voluntad con que se les sirve, del menor ruido que se haga á su rededor, y de mil otras cosas que les parecen en este tiempo insoportables.

7. De concebir una aprehension demasiado viva del dolor, y buscar con un cuidado excesivo el alivio, deseando con demasiado ardor la recuperacion de la salud.

8. De descuidar por inmortificacion las reglas de la modestia, que no permite las desnudeces indecentes, y que no sufre que los enfermos descubran sin necesidad ni los brazos, ni el estómago, ni las piernas, sea en la cama ó fuera de ella.

Finalmente, de hacerse servir sin necesidad, sobre todo si son eclesiásticos, por personas de diferente sexo; y si esto fuere necesario, no guardar entonces todas las medidas que la pureza demanda y que los Santos aconsejan en estas peligrosas ocasiones.

Examinemos con atencion si nosotros hemos incurrido en estos defectos.

TERCER PUNTO.

Dios mio, pocas son las personas que se aprovechan de las enfermedades: *Pauci ex infirmitate meliorantur* (De Imit. Christ. l. I, c. xxv); porque son pocos los enfermos que no se dejan llevar de la impaciencia, del enfado, de la tristeza y de otros mil desarreglos. Esto es, Dios mio, lo que yo pretendo evitar con particular cuidado, y para esto os demando una parte de la gracia del Apóstol, que encontraba su fuerza en su debilidad, y se persuadia de

que en las enfermedades se perfecciona la virtud: *Cum infirmor tunc potens sum... Nam virtus in infirmitate perficitur.* (II Cor. XII, 9 et 10).

CUARTO EXÁMEN.

Del uso que debemos hacer de las enfermedades.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo extendido sobre la cruz, cargado de nuestras miserias y de nuestras enfermedades, y mostrándonos con su ejemplo el uso que de ellas debemos hacer: *Vere languores nostros ipse portavit.* (Isai. LIII). Consideremos lo que hace y lo que sufre sobre el lecho del dolor, su entera resignacion, su valor invencible, su incomparable paciencia en medio de los dolores más agudos y más violentos. ¡Nada más digno de nuestra admiracion!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué uso hemos hecho nosotros de nuestras enfermedades y cómo nos hemos portado en ellas.

¿Las hemos mirado, segun la luz de la fe, como un remedio capaz de curar los males de nuestra alma, como una porcion de la cruz de Jesucristo y como un rico presente que nos viene de la mano de un Padre infinitamente amable?

En este concepto, ¿las hemos aceptado con gozo ó al menos con resignacion?

Nuestra muy grande aplicacion á los remedios corporales, ¿no nos ha hecho olvidar los espirituales, y descuidar de recurrir á los Sacramentos, como si la sanidad del cuerpo fuese preferible á la del alma?

¿Hemos soportado nuestras enfermedades con espíritu de penitencia, uniendo nuestros dolores á los de Jesús, y ofreciéndolos con El á Dios en satisfaccion de nuestros pecados?

¿Nos hemos abandonado en este tiempo enteramente á Dios, manteniéndonos en una perfecta indiferencia, sea para la vida ó sea para la muerte, á ejemplo del gran san Martin? *Qui nec mori timuit, nec vivere recusavit.* (Vit. Beat. Martin.).

¿Hemos tomado con valor todas las medicinas que se han ordenado, sobreponiéndonos á la repugnancia que nos causara su amargura, en mira de Jesucristo abrevado de hiel y de vinagre, y en el deseo de tomar parte en su cáliz?

¿Hemos esperado en paz y en la bendicion de Dios el resultado de las medicinas? Y por la demasiada solitud para obtener la salud, ¿no hemos mostrado nuestro enfado cuando eso se retarda contra nuestro deseo?

Cuando la enfermedad nos ha impedido ocuparnos en nuestras oraciones ordina-

rias, ¿las hemos suplido con frecuentes aspiraciones y elevaciones del corazón á Dios? ¿Nos hemos alegrado de ver cerca de nosotros personas de piedad, que puedan llevarnos á esas santas prácticas?

Por último, ¿nos hemos comportado en nuestras enfermedades de una manera capaz de edificar á todo el mundo, por la obediencia á nuestros superiores, por la aceptación de los medicamentos, por la dulzura para con nuestros hermanos, por la gratitud á los que nos sirven, en una palabra, por la práctica de todas las virtudes que puedan contribuir á hacer un santo uso de las enfermedades?

TERCER PUNTO.

Dios mío, ¡cuán bien conocía el precio de las enfermedades aquel santo solitario que, por haber pasado un año sin achaque ni dolor alguno, se quejaba tiernamente á Vos de que no os habíais dignado visitarle! *Flebat dicens: Reliquisti me, Domine, et noluisti me presenti anno visitare.* (De vitis Patr. lib. 3, núm. 58). Dadme parte, os ruego, de esos sentimientos y disposiciones, á fin de que, si no deseo yo como él las enfermedades, soporte al menos pacientemente las que quisiéreis enviarme, y haga santo uso de ellas.

EXÁMEN.

De la convalecencia.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, fuerza, sosten y salud de los convalecientes. En la convalecencia se pone mucho empeño en fortificar la carne, y es muy raro que esto se haga sin debilitar el espíritu. Solamente una grande fidelidad á la gracia puede hacer evitar este inconveniente; pero Jesucristo no falta jamás á dispensar el auxilio que en estas circunstancias se le pide con confianza: *Petite et accipietis*. Rindámosle nuestros deberes en reconocimiento de tan grande bondad.

SEGUNDO PUNTO.

Cuando nosotros hemos estado de convalecencia, ¿hemos mirado este tiempo como uno de los más peligrosos de la vida, puesto que siendo entonces obligados á dar soltura á la naturaleza para restablecer la salud, ordinariamente se incurre en el inconveniente de proporcionarla demasiada libertad?

¿No nos hemos dejado llevar entonces de la golosina, alimentándonos con exceso, solicitando con demasiado cuidado las mejores viandas, pensando que debe darse á